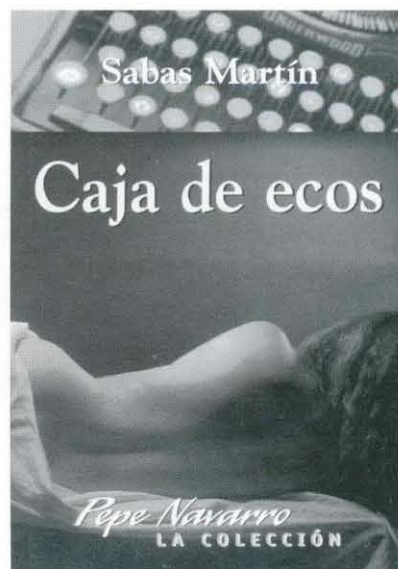


UNA LINTERNA MÁGICA

Caja de ecos

Sabas Martín

Ekoty Ediciones, Madrid, 2001



Con motivo de la aparición del volumen de relatos de Sabas Martín *La mano entre las líneas* (GrupoLibro. Madrid, 1995) escribí entonces (Cuadernos del Sur. Córdoba, 25-1-96) que la precisión extrema de que hacían gala los textos del libro podía resultar tanto más turbadora por cuanto suponen una indagación brutal sobre el vacío, sobre la *nadidad*, el punto isócrono sobre el que el silencio reposa sobre sí mismo. Esa era la razón del título de ese libro: la mano creadora escrutando, tanteando el blanco entre las líneas que ella misma ha trazado. Por lo mismo, existe un *divagar* por la extensión que los seres y objetos proyectan, como un aliento o transpiración de ellos mismos. Y, de modo análogo, un afirmarse en lo que son los bordes de lo vivido o imaginado. En este caso, la ficción *no inventa*, sino que se aferra a su referente con voluntad de ser, más que de significar.

Lo escrito para aquella ocasión vuelve a ser válido para *Caja de ecos*, una selección de la obra cuentística de Sabas Martín en la que se incluyen textos procedentes tanto de *La mano entre las líneas* como de su otro volumen anterior de cuentos *Rastros sobre las olas* (Libertarias/Produhfi, Madrid, 1991). De nuevo, las prosas que componen el libro suponen otros tantos pulsos con la expresión depurada correspondiente a los distintos géneros y temáticas, registros y

cadencias. Podría pensarse, en una primera lectura, que se trata de una antología de escritores distintos, pues el autor ha cumplido con creces un proceso proteico donde su voz acoge la autónoma voz que cada texto desprende, como si tales textos hubiesen estado escritos ya a la hora de emprender la escritura. Y, sin embargo, pese a que esta reciprocidad subitánea entre autor y textos es incontestable, existe una suerte de *biología* subyacente que les pone, a todos ellos, denominador común de una misma impronta sensitiva. No es casual que el relato de apertura contenga sólo quince palabras: *Sus ojos me buscaban. La miré. Entonces exigí: "Déjame entrar en tus ojos para verme"*. Y que, precisamente, se titule "Espejismos". Y no es casual porque parece (y es) una premonición. A partir de aquí, el autor *colectivo* que es el propio Sabas Martín abre su mirada a la vasta e inagotable orquestación de la vida. Los cuentos primeros, densísimos a fuerza de concisión significadora, van dejando paso, *sin dejar de ser ellos mismos*, más bien transformando su materia germinal, adoptando nuevas modulaciones formales, a esbozos geométricos de comportamientos, intuiciones desarrolladas, apuntes de captación fugitiva, hasta que van apareciendo ya, perfectamente conformados, los relatos y narraciones, en una copiosa gama que discurre desde lo fabuloso e indigenista, a lo histórico, lo erótico, lo surreal,

lo críptico, lo urbano y aún detectivesco.

La impresión que sugiere tan cohesionada diversidad es la de un políptico cuyas tablas se desprenden escalonadamente, desplegándose desde la única que tenemos sujeta, pero sin alterar su ritmo ni proporción. Es cierto que el libro, por lo propio de semejar escrito por el peso de la inercia de los mismos textos al ser siendo fijados, constituye una especie de “aleph”, condensación de todo lo potencialmente existente, punto de partida de un alfabeto sagrado cuya energía es la misma en cada letra, sólo que distintamente conformada. En esta ocasión, las letras que dispone Sabas Martín en su escritura revelan su pasión por la palabra y sus encrucijadas, por la imagen hecha verbo en la sala de los espejos de la página en donde confluye la turbación y el desconcierto del ser contemporáneo. Y por eso, más allá de la clara raigambre verbal y espiritual canaria de varios de los relatos, no es casual que el amor y la muerte impongan su presencia, incluso cuando el humor o la ironía (esa *socarronería* tan definitiva y definitivamente canaria) quiere tamizar la *ajenidad*, el *extrañamiento* esencialmente ontológico sobre el que se establece la condición de la naturaleza humana en nuestro tiempo. Todo ello, como se nos advierte, crecido en torno al lenguaje que se afronta desde la escritura como entidad creadora de músicas y contraluces, de evocaciones secretas y climas inquietantes. El propósito es dar vida a un universo literario concebido como una sinfonía creciente de ritmos cambiantes, de registros plurales, de voces diversas, de ecos que han abolido los márgenes del silencio y lo que en el silencio calla para propagarse hacia nuestros sentidos y nuestra consciencia desde el interior una fascinante caja abierta.

Para el lector exigente y riguroso, este libro de Sabas Martín puede ser (y es) apasionante porque le obliga al reto permanente de escapar a los desenlaces que al fin son fatales, en tanto que *no pueden ser otros*. Es así como jugar al escondite con un demiurgo omnividente. Para el lector más habitual, estos relatos, amén de un paseo por todos los géneros, puede suponer una experiencia gozosa por la enorme tensión argumental con que están contruidos. Pensará, a buen seguro, que, más que ante un libro, está metido de lleno en una linterna mágica, en el laboratorio maestro de un sabio y prodigioso alquimista.

UNA SUGESTIVA VISIÓN DE LA DANZA DE LA MUERTE

***La Danza de la Muerte.
Códice de El Escorial.
Grabados de Holbein.
Edición de Sabas Martín.
Miraguano Ediciones,
Madrid, 2001.***

La *Danza de la Muerte*, en esta efectiva y muy personal edición de Sabas Martín, revive para el lector del nuevo milenio quizá el elemento literario, teatral y filosófico más obsesivo de la Edad Media: la muerte. Hoy, por los terribles azares de una Historia cuyo signo circular traba pasado con futuro, la lectura de este libro, con las terribles imágenes neoyorkinas aún girando en las retinas del dolor más profundo, constituye un ejercicio de humildad humana, un exquisito bocado a la conciencia de nuestra pequeñez; hoy, como en la tardía Edad Media, *La Danza de la Muerte* es una impactante llamada de atención sobre la gran verdad que a todos une y nadie esquiva.

La Danza de la Muerte fue en origen un espectáculo teatral de “predicación”, directo, fácilmente comprensible por todo tipo de espectadores que, con el lento paso del tiempo europeo, adquirió categoría de género teatral. Sus primeras representaciones en los pueblos y ciudades de toda Europa datan del siglo XIV, pero